

Los lacandones

y el juego
de las identidades

Gracias al entusiasmo causado por mi primer viaje a la selva, decidí a mi regreso, plantear para la realización de mi tesis de licenciatura en etnología un tema relacionado con los lacandones. Sin saberlo, iniciaba una perdurable relación que hoy me orilla a asumir mi propia historia como parte de la suya. Mirando en retrospectiva, no dejan de sorprenderme los cambios que sus comunidades han vivido y lo mucho que los propios lacandones han modificado sus formas de vida. La espontánea y en cierto modo inocente disposición a departir con foráneos, a la que se remonta mi memoria, se ha vuelto en gran medida un trato de conveniencia.

Ciertamente, mi presencia en sus vidas no ha sido sino una entre la de una larga lista de estudiosos, periodistas, viajeros y funcionarios que interactuaron con los lacandones antes y después de mi persona. Todos hemos de algún modo participado, desde posiciones particulares, en la transmutación de la identidad lacandona.

Inició este proceso a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando estudiosos y aventureros rindieron los primeros informes acerca de unos indios cuya vida primitiva sugería la presencia de una cultura libre del influjo colonial. Dicho estereotipo influiría en las políticas dirigidas a este pueblo a partir de los setenta del siglo pasado cuando, al ser legitimados como residentes históricos de la selva, se decretó de su propiedad una vasta porción de la misma. Esto originaría un caciquismo cuyas bases estaban ya dadas en la conversión religiosa de los

lacandones del sur, que dio pie al surgimiento del primer pastor del nuevo culto. El decreto demandó nombrar un comisariado de bienes comunales, cargo que el propio pastor ocuparía. Así, el decreto definía a los lacandones como «beneficiarios» de la explotación de sus recursos, inaugurando una relación con el Estado basada en el paternalismo, así como un largo proceso de cambios económicos que tendría profundas repercusiones en el seno de su cultura.

Las representaciones etnográficas y las prebendas que generaban a sus autores hicieron reparar en los lacandones el potencial de sus expresiones culturales y a reformular su sentido. La inicialmente incipiente venta de artesanías a visitantes derivó en la busca de espacios de comercialización, donde los lacandones aprendieron las ventajas de vestir sus túnicas frente a turistas, cuyo entusiasmo por fotografiarse con ellos pasó a ser una fuente más de ingresos. Con el tiempo, todo ello culminó en el hecho de que cualquier dato que los estudiosos les solicitaban tuviese un precio.

La comunidad de Nahá, en el norte de la selva, cautivó la imaginación de investigadores y periodistas sensacionalistas, mismos que la enaltecieron como el último bastión de resistencia ante todo empeño evangelizador, lo que resultó en un creciente número de visitantes, que ávidos de observar ritos religiosos propiciaron su celebración a cambio de alguna remuneración.

En las comunidades donde hasta recientemente la religión tradicional

persistía, ésta agoniza más que por el influjo del protestantismo por el de una secularización rampante, lo que se muestra visible en el desinterés de los jóvenes por perpetuarla y en cambio volverla una mercancía más.

El ecoturismo, a su vez, es la actividad principalmente vinculada con los cambios más recientes. La cultura ecológica basada en el uso íntegro y regulado de sus recursos naturales se ha vuelto ecologista, y ha conformado un nuevo orden en que todo conlleva un costo, reformulando en dichos términos la territorialidad y las relaciones tradicionales de reciprocidad y de lealtad.

Así, los lacandones han aprendido a encarnar cada rol que para ellos ideamos: el salvaje exótico en su paraíso; el eslabón perdido entre el lejano esplendor maya y nuestro triste presente; el nativo pueril expuesto al ardid de turbios funcionarios; el informante clave, o el indio pobre presto a recibir dádivas.

Con gran pericia para actuar lo comentado, hoy se muestran siempre listos a montar el escenario para dejarse reinventar por el postor en turno y a nutrir nuestra ceguera para entrever cómo ellos mismos incorporan el devenir histórico en su mundo de sentido.

Enrique Eroza Solana es investigador del Área Sociedad, Cultura y Salud, Unidad San Cristóbal (eeroza@ecosur.mx)

